

POLIXENE TRABUDUA, HISTORIA DE VIDA DE UNA DIRIGENTE DEL NACIONALISMO VASCO EN LA VIZCAYA DE LOS AÑOS TREINTA

Miren Llona González

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

A lo largo de los años veinte y treinta se produjo una reorganización de los espacios público y privado que afectó a la manera en que las mujeres debían entender su relación con ambos mundos. La asociación exclusiva del ámbito privado al mundo femenino apenas sufrió variaciones. Sin embargo, la progresiva incorporación de las mujeres a distintas parcelas del ámbito público supuso una alteración de los límites que lo hacían inaccesible al sexo femenino. La estricta frontera entre el espacio privado y el público se vio sometida a una constante redefinición, que permitió a las mujeres franquear esos límites y experimentar territorios antes inexplorados, como resultaron ser el trabajo asalariado en oficinas, los estudios de bachiller y universitarios, la acción social e incluso la acción política. Esa redefinición, que afectó sobre todo al espacio público, estuvo asociada a la creación de una nueva retórica cuyo significante central fue la *madre*. La figura simbólica de la madre permitió a las mujeres transgredir los límites del espacio privado y actuar en el ámbito público sin contradecir su identidad femenina. A su vez, esas experiencias permitieron la introducción de elementos identitarios nuevos que pusieron en cuestión el valor de las mujeres exclusivamente en su calidad de madres produciéndose, así, lo que podríamos denominar una modernización de la identidad femenina.

En este artículo analizaremos la actividad pública de las mujeres nacionalistas vascas desde esta perspectiva, y centraremos nuestra atención

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación financiado por la UPV/EHU: «Evolución de las relaciones de género en el País Vasco (1876-1976). Ciencia, modernidad y tradición» (UPV 021.323-HA156/98).

en el referente simbólico desde el que aquellas mujeres actuaron: la figura simbólica de la *madre de la patria*. A la vez, resaltaremos la coexistencia de la retórica de exaltación de la figura de *la madre*, con la infravaloración social de la maternidad practicada desde el género masculino en el ámbito privado. El encumbramiento de *la madre* como símbolo resultó ser un discurso hegemónico en los años treinta, pero tal supremacía no alcanzó a transformar los hábitos cotidianos masculinos, que seguían estando presididos por prácticas de carácter misógino y visiones a menudo despectivas de la maternidad.

En primer lugar, observaremos el proceso de adaptación del Partido Nacionalista Vasco a la situación de mayor tolerancia hacia la participación de las mujeres en el ámbito público, que impulsó la proclamación de la Segunda República. El PNV trató de crear espacios de acción femenina que supusieran una extensión de la realización de las labores domésticas al marco de la patria, a la vez que un trasvase de los valores definidos como femeninos (la emoción, el sentimiento y el cuidado) a la lucha patriótica. En este contexto aperturista, analizaremos la experiencia de las mujeres propagandistas, quienes tuvieron la oportunidad de participar en la acción patriótica y de transformar la imagen pública de la mujer.

En segundo lugar, observaremos el incremento de la acción de las nacionalistas y la intensificación de su conciencia femenina¹. Ambas circunstancias obligaron al PNV a una constante redefinición de las prerrogativas públicas que cabían dentro de la *retórica de la madre*. Esta retórica constituía el núcleo que el nacionalismo vasco había adoptado como discurso preponderante para nombrar el tránsito femenino por el espacio público. A través de la exaltación absoluta y exclusiva de la figura materna, llevada a cabo por los dirigentes nacionalistas, se intentó colapsar los nuevos significados que la identidad femenina iba adquiriendo a raíz de la participación de las mujeres en la lucha patriótica. Intentaremos mostrar que a pesar de esta retórica totalitaria las mujeres nacionalistas lograron, en la práctica, transgredir los límites discursivos impuestos y modernizar la imagen pública de la mujer de los años treinta, sobre todo a partir de la actividad de las propagandistas de Emakume Abertzale Batza, organización femenina del PNV.

¹ Concepto acuñado por Temma Kaplan para enfatizar la importancia de las movilizaciones de las mujeres, que surgen a partir de las obligaciones femeninas, en KAPLAN, Temma, «Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918» en AMELANG, J.S. y NASH, M., *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, p. 267.

En tercer lugar, prestaremos especial atención al contraste entre esta exaltación pública de la figura de *la madre* y la pervivencia de actitudes sociales de infravaloración de las madres y de las labores de crianza y procreación en el ámbito privado. La maternidad recibía aún, en mucho mayor grado del que cabría esperar desde una perspectiva presente, la consideración de castigo o condena, una visión que enlazaba con las tradiciones judeocristiana y grecolatina. Así, el embarazo, la lactancia y los cuidados maternos fueron objeto de reacciones misóginas que trataron de imponer la reclusión y el encerramiento de las mujeres en el hogar con el fin de ocultar la vergüenza que provocaba su estado. El análisis de la convivencia familiar dentro del marco de la esfera privada nos permitirá observar las reacciones femeninas ante tales contradicciones.

El eje vertebrador de todo este análisis lo constituye la figura de Polixene Trabudua. A través de sus testimonios orales analizaremos su trayectoria como propagandista del nacionalismo a partir de la proclamación de la Segunda República, así como su protagonismo en *el Homenaje a la Madre Vasca* en febrero de 1933. También a través de sus recuerdos tendremos la oportunidad de explorar la experiencia del embarazo, la crianza y la maternidad de una mujer joven y recién casada en los años previos al estallido de la Guerra Civil.

1. La actuación femenina desde el referente de la *madre de la patria*

Durante el primer tercio del siglo xx las mujeres que realizaron incursiones en el mundo público para realizar un trabajo social lo hicieron tratando de seguir un modelo de actuación que tenía en la figura simbólica de la *madre social* su principal referente. Este modelo de mujer —pensado por Concepción Arenal a finales del siglo xix— mantenía sin reparos el predominio de las mujeres sobre el mundo de los sentimientos y de la moral y favorecía su actuación en el ámbito público precisamente para afirmar en él esos valores femeninos. Los ámbitos desde los que esta reformadora social proponía que se realizara esta transmisión de valores femeninos a la sociedad fueron la beneficencia, la educación y la acción social. Esta propuesta, a pesar de dejar fuera del alcance femenino el terreno de la política, permitió a muchas mujeres desafiar la estricta separación entre el mundo privado y el público y reivindicar la legitimación de su papel social como mujeres.

El modelo de actuación femenina basado en la figura simbólica de la *madre social* adquirió enorme vitalidad entre las feministas pero también se constituyó en referente imprescindible para las distintas corrientes

tes ideológicas que se plantearon incorporar la actividad de las mujeres a sus organizaciones y movilizaciones. El Partido Nacionalista Vasco no fue ajeno a esa tendencia. Así, en 1908 Ramón Bikuña realizó una propuesta en la prensa nacionalista en la que se definía el papel de las mujeres vascas en el proceso de construcción de la nación. La emblemática divisa «Jaungoikoa eta Lagi Zarra» le sirvió para plantear los límites y los contenidos de la acción femenina. Conforme al término «Jaungoikoa» las mujeres debían prestar atención al bienestar de la nación por medio de instituciones benéficas, roperos y escuelas dominicales. En relación al término «Lagi Zarra», las mujeres adquirirían el compromiso de velar por la tradición que quedaba especialmente encarnada en el idioma. La transmisión del euskera y su preservación quedaban en manos de las mujeres. Las mujeres, pues, debían participar en el proceso de afirmación nacional desde sus territorios específicos de actuación y renunciando al escenario político, prerrogativa en exclusiva de los hombres. La contrapartida vasca al modelo de la *madre social*, resultó ser, entonces, la *madre de la patria*.

La designación de estos sectores de actuación femenina específicos quedó reforzada por la propia identificación que en el ideario nacionalista se realizó entre la patria, la tierra, la casa solar y la madre. Por un lado, este paradigma permitió vincular la acción patriótica a la mujer y a lo que el mundo femenino representaba desde la óptica nacionalista: el sentimiento, la emoción y el corazón. Pero, por otro lado, este mismo paradigma y la identificación de lo patriótico con la mujer obligó a separar la actividad política de la acción patriótica. La política, identificada con la inteligencia y el cerebro, continuaba siendo una prerrogativa masculina. Esta circunstancia obligó al PNV a realizar una permanente redefinición de los límites entre la acción patriótica y la política para impedir que la actividad pública realizada por las mujeres nacionalistas fuera identificada con la política.

Sin embargo, en 1922 el líder de Juventud Vasca e impulsor de Emakume Abertzale Batza, Elías Gallastegui, planteó que había que romper con la idea de que la mujer no debía actuar en política y para implicar a las mujeres en ella propuso, además de la creación de las comisiones de beneficencia, hogar, asistencia social y educación, la puesta en marcha de la comisión de propaganda desde la que las mujeres podrían implicarse en las labores de difusión del ideario y la emoción patrióticas. La Dictadura de Primo de Rivera abrió un largo paréntesis en la trayectoria de esta organización. Pero a partir de 1931, tras la proclamación de la II República, reapareció Emakume Abertzale Batza proponiéndose rescatar los objetivos de su homónima de los años vein-

te. La comisión de propaganda volvió a organizarse y constituyó el marco de participación de las mujeres nacionalistas en el ambiguo territorio de la acción política nacionalista durante la II República. Polixene Trabudua, nuestra protagonista, fue una de las propagandistas que participó en esa comisión.

Polixene nació en Sondika en 1912. Su infancia y juventud transcurrieron en el ambiente vizcaino rural cercano al caserío. La madre era costurera y el padre, que no quiso dedicarse a la agricultura, aprendió el oficio de carpintero y se hizo constructor, llegando a adquirir una buena posición económica con sus negocios. La holgura económica de la familia posibilitó los estudios de Polixene, que salió a Bilbao a estudiar. Sus años en el Colegio de la Cruz y en la Escuela de Magisterio de Soloakoetxe sirvieron para que Polixene fuera conociendo el ambiente urbano de las Siete Calles de Bilbao y para que pudiera cotejar la distancia existente entre el ambiente rural y la vida urbana. El destino le llevó a entrar en contacto con la organización nacionalista Juventud Vasca. Allí tuvo la oportunidad de conocer la doctrina nacionalista y de participar en la divulgación del sentimiento patriótico y en la enseñanza del euskera. Su afinidad con el movimiento le llevó a integrarse en EAB al comienzo de la II República y a formar parte de su comisión de propaganda.

La educación que Polixene recibió durante los años veinte estuvo profundamente atravesada por la dicotomía naturaleza/cultura, en la que la primera parte del binomio estaba representada por el mundo rural vizcaino vascoparlante y la segunda por el mundo urbano bilbaino de habla castellana. Dentro de este esquema, el aldeano y la aldeana de la provincia que hablaban euskera eran denostados en el entorno urbano de las clases medias bilbainas de tradición liberal. En cierto modo, a la gente de aldea se le consideraba representativa de la tradición y del inmovilismo y era vista en Bilbao como contraria al progreso y a la modernización. Polixene se crió sumida en esta cultura de rígidas polarizaciones: *«Educación, claro, totalmente española —recuerda—. Estudiar todos los reyes de España. Las fechas de todos los reinados... Una educación absurda, pero que era la corriente en todas partes. O sea, ningún indicio de nacionalismo entre las monjas, nada. Era totalmente español. Pero para mí también era una situación completamente normal porque en mi casa... mi padre era monárquico..., español completamente para la educación. Por eso cuando yo descubrí el nacionalismo me causó tanto impacto. Porque yo sentía que había una frustración en mi vida... En Bilbao, por ejemplo cuando mi padre iba a pedir las notas a las monjas, yo no quería que fuera mi padre. Me daba vergüenza porque hablaba el castellano mal, y le pedía al tío Aureliano, que era el Alcalde de Sondika, que era*

un cacique terrible... que fuera al colegio a pedir las notas»². En Bilbao, la lengua de cultura y de instrucción era la española. En la vida cotidiana de la familia Trabudua, a pesar del uso del vascuence en casa y de las raíces vasquistas de su padre, quien, según apunta Polixene en su autobiografía, era «el mejor espatadantzari y aurrekulari del valle»³, parece que la lengua y la cultura españolas representaban la educación con mayúsculas. La relación directa que establecía Polixene entre el papel subalterno de la lengua y la cultura vascas y la falta de categoría social en el entorno urbano conducían directamente a la negación y al ocultamiento de aquella realidad en el plano personal.

El impacto que el descubrimiento del nacionalismo causó a Polixene, estuvo relacionado con cambios decisivos en el modo en que ella percibía su propia condición. Como consecuencia del nacionalismo, aquellos elementos culturales de los que el vasco oriundo era representativo pasaron de estar denostados e inferiorizados socialmente, a ser los esenciales para la definición identitaria de los integrantes de la comunidad vasca, sobre todo en la ciudad de Bilbao⁴. Así, el origen vizcaino frente al bilbaino, la procedencia de una casa solar y no de un Bilbao «maquetizado» y, como muestra de pureza absoluta, la posesión del euskera, pasaron a significar en el nuevo imaginario nacionalista fuentes principales de prestigio social.

El nacionalismo para Polixene tuvo el efecto de un nuevo bautismo: «*Me liberó. No, más que liberar, sentí un descubrimiento nuevo, grande de mis raíces, —afirma Polixene— de saber que no tenía que avergonzarme sino enorgullecerme de aquellas raíces, de aquellas abarkas detrás de la puerta, de aquel caserío con aquel fuego, de aquella labranza y todo eso. Sentirme quizá un poco demasiado orgullosa, que fue el pecado de entonces, quizá... Aquel nacionalismo tan puro, tan enardecido, tan, tan, tan fuerte. Aquel ensalzar tanto la raza vasca y los ojos claros y los cuatro apellidos, y todo eso... nos llevó también a un plan negativo. Porque nos hicimos, nos hicieron sentirme demasiado orgullosos de nuestras raíces [asiente]. También eso, no es bueno*»⁵. Por efecto del nacionalismo, aquellos atributos personales suyos, vinculados a lo rural se habían convertido en iconografía vasca,

² Polixene Trabudua, entrevista I, 10-10-1999.

³ TRABUDUA, Polixene, *Polixene. Crónicas de Amama*, Bilbao, Fundación Sabino Arana y Emakunde, 1997, p. 27.

⁴ El nacionalismo durante el primer tercio de siglo fue sobre todo un fenómeno bilbaino, antes que vizcaino o del País Vasco en su totalidad.

⁵ Polixene Trabudua, entrevista I, 10-10-1998.

y pasaron a ser motivo de reconocimiento y admiración dentro de la comunidad nacionalista. Polixene se convirtió en un genuino prototipo de la raza vasca y adquirió por ello, de manera consciente, un gran protagonismo en el movimiento.

Con dieciséis años Polixene conoció a José Mandaluniz y fueron novios durante cinco años hasta que se casaron en 1933. Mandaluniz era delantero centro del Athletic Club, a la vez que un encendido militante de Juventud Vasca. Polixene descubrió el imaginario nacionalista de la mano de su novio. José: «*Yo salía mucho con Mandaluniz —recuerda Polixene—, sobre todo, cuando salíamos de la Academia de la calle Ayala. Recorrer desde la calle Ayala, y dar dos o tres vueltas por la calle Correo y acompañarme a las escaleras de la estación y luego en el balcón de la estación, esperando hasta que cogiera yo el tren, pues solíamos pasar hora y media o dos horas. Entonces, todo el tiempo mi marido no hacía más que hablarme de que somos vascos: “Mira Polixene, tú no eres española, tú eres vasca”. Y yo con rabia, porque yo quería que me diría qué bonito vestido tenía o qué guapa estaba o que me hablaría de otras cosas. Y dale que te pego y erre que erre; y erre que erre... Hasta que al final pues ya me convencí. A la madre le convencí enseguida... Mi amaxu se convenció enseguida. A mi padre no me atrevía ni a hablarle... Tenía detrás del cuarto de la habitación de mi padre el fusil, que era somatén. Y Mandaluniz dale que te pego... dale que te pego. Me traía folletos, me traía revistas... Siempre, además, me obligaba a leer y a enterarme de cosas históricas, a ir a los teatros. A mí, verdaderamente, me hizo nacionalista»⁶. El novio fue mostrándole a Polixene la doctrina nacionalista. Le reveló la coherencia que, en el discurso de Sabino Arana, existía entre ser vasco y sentirse nacionalista. Y, sobre todo, le transmitió la carga emocional inherente al sentimiento patriótico, que Polixene tan eficazmente sabría transmitir después, cuando se hizo propagandista.*

Por otra parte, la radicalización política que culminó con la proclamación de la Segunda República se produjo ya en un ambiente de exaltación nacionalista del que participaron también las mujeres: «*Fue tremenda la impresión que nos causó, tremendo, tremendo, tremendo —rememora Polixene—. Porque ya para entonces nosotros ya íbamos al centro vasco en la calle Bidebarrieta. O sea, que estábamos ya embebidas completamente en el sentido nacional, y en el sentido nacionalista. Ya estábamos completamente compenetrados con nuestro idealismo, con*

⁶ *Ibidem.*

nuestro fanatismo. Porque era fanatismo lo que teníamos entonces. Eramos fundamentalistas en aquella época. Tenía que ser así porque había que romper todos los moldes y encontrar otra nueva situación. Como estábamos ya, no muy politizados, sino conscientes de lo que suponía para nosotros la situación de España, fuera Monarquía, fuera República. Estábamos muy conscientes que la República beneficiaba mucho. Y fue un entusiasmo tremendo. Salimos a la calle por el Arenal gritando, no sólo yo, pero mucha gente. Mucha gente»⁷. La intervención de los partidarios nacionalistas en los actos que saludaron el establecimiento de la II República sería el inicio de una tónica de movilización de masas que caracterizaría la acción patriótica durante el período de la II República y en la que las mujeres también tomaron parte⁸.

Un rasgo de modernidad del nacionalismo lo constituyó el hecho de que desde el PNV se diera importancia a la creación de cauces para la expresión de las emociones y las aspiraciones de las masas. Los mecanismos que utilizó el Partido Nacionalista para lograr estos objetivos (el teatro, los mítines, las manifestaciones) resultaron hábiles en el uso de la propaganda de masas y destacaron por su clara comprensión de los mecanismos de funcionamiento de las sociedades modernas. En efecto, la política patriótica destacaba por la importancia concedida al proceso de nacionalización de las masas por medio de la actuación sobre la subjetividad y de la exaltación sentimental.

La transmisión del discurso político y de la ideología nacionalista se realizaba a menudo en actos teatrales donde el folklore, la tradición y la estética creaban una atmósfera proclive a la comunión patriótica: «*El voto de fe... , o lo mismo en el partidismo, hay un instante en que tú sientes verdaderamente una especie de fuerza terrible* — afirma Polixenne —. *Viendo una obra de teatro, Pedro Mari*⁹... *No recuerdo bien la*

⁷ *Ibidem*.

⁸ DÍAZ FREIRE, José Javier, *La República y el Porvenir. Culturas políticas en Vizcaya durante la II República*, Kriselu, Donostia, 1993, p. 35.

⁹ La acción de la obra de teatro «Pedro Mari», se desarrolla en 1793 durante la Guerra de la Convención entre Francia y España. El argumento es el siguiente: Pedro Mari, un chico vasco de Navarra, se dirige al puerto de Cádiz para desde allí partir a América. En el camino es apresado por tropas españolas y es enviado al frente. Una noche haciendo guardia oye cantar en euskera. Abandona su puesto y cruza hacia las tropas enemigas, donde encuentra un grupo de vasco-navarros franceses que cantan en euskera. Posteriormente, es capturado por los soldados españoles y acusado de desertar. Es condenado y fusilado. Un estudio de esta obra en: LÓPEZ ANTÓN, José J., «El imaginario pesimista de Vasconia en Arturo Campión», *Vasconia, IV Jornadas de Estudios Histórico locales: Formas de Transmisión social de la cultura*, Vitoria-Gasteiz, Vol. 27, 1998.

historia de Pedro Mari... No sé cuál era la situación. Pero tú sentías claramente que los vascos no éramos ni franceses ni españoles, sino vascos (asiente). Verdaderamente esa obra a mí me impactó. Yo recuerdo que salí del teatro Arriaga llorando, llorando y llorando. Y José [el novio], me dice: "pero ¿qué te pasa?, Polixene". "Déjame en paz, déjame en paz y déjame en paz". Un ataque de histeria me dio ¿no? (asiente)»¹⁰. Existía una clara intencionalidad didáctica en los espectáculos teatrales en los que el argumento guiaba la generación de sentimientos. Los mensajes recibidos quedaban grabados de forma indeleble en la memoria. El impacto emocional se traducía en aprendizajes básicos que afirmaban la existencia incuestionable de la nación vasca.

Respecto a los mítines, la identificación de la mujer vasca con el corazón el sentimiento y el espíritu facilitó que las mujeres se constituyeran en las más genuinas transmisoras de la esencia del alma vasca y del culto a la patria. Fue en esta atmósfera ambivalente, proclive a la participación femenina en el nacionalismo, donde a Polixene se le presentó la oportunidad de hacerse propagandista y traspasar la barrera, infranqueable para las mujeres, hacia la vida política: «Sale Lauaxeta —recuerda Polixene— y dice: "¡Jesús!, ¡qué disgusto tenemos!, mañana la inauguración del Batzoki de Orduña... y la oradora se ha puesto enferma". Y me levanto y le digo: "Yo puedo ir". ¡Hay que ser descarada! ¿eh? (se ríe). Porque hay que ser descarada para... Yo no iba allí más que a dar unas clases de euskera, que el mismo Lauaxeta delante de Mandaluniz me dijo: "Polixene, ayúdanos un poco a dar unas clases de euskera a los pequeños, porque a los mayores estoy dando yo pero a los pequeños no tenemos quien dé. ¿Tú puedes venir todos los días una hora al batzoki a...?". "Bueno, encantada". Mandaluniz me animó mucho también. Y... ¡Hay que ser descarada para decir yo voy a ir! Dice: "¿Estás seguro?", "Sí". "Ven aquí". Y me llevó allá. Y allí estaban tres o cuatro señoronas, porque eran señoronas. Yo era una cría, tenía entonces diecisiete años nada más, no había cumplido los dieciocho. Me dijo: "Tú, Polixene, ¿qué dirías?", (pausa). Entonces yo tenía la costumbre a las noches, en la casa de Sondika tenía un espejo grande, como por la radio escuchaba los discursos de las oradoras, yo me ponía delante del espejo y decía: "Porque veis esos caseríos enormes, blancos —siempre me acuerdo de que los caseríos eran blancos (se ríe), y el humo era azul y los árboles eran verdes (se ríe)— el perrito en la puerta y... " Bueno, ridiculísimos y cursilísimos (pausa) y luego

¹⁰ Polixene Trabudua, entrevista I. 10-10-1998.

diciendo que éramos vascos, que no éramos españoles y tal y cual, y le salté el discurso. “Bueno, bueno, vete mañana. Aprende un poco bien y vete mañana”. Yo no dije nada. Mandaluniz estaba jugando en Madrid. No me hubiera dejado seguramente, le hubiera dado vergüenza. En casa no dije nada tampoco... A amatxu le dije: “Mira amatxu, mañana voy a ir a Orduña. Van a venir a buscarme aquí para ir a Orduña. Así que tranquila. No le digas nada a aitatxu, ya le diré yo”. El domingo a la mañana, como a las diez de la mañana viene el gran coche de Sota. Fue una sorpresa. Y mi padre el primero. No dijo nada, ni mu no dijo. ¡Qué va a decir!... me viene a buscar el coche con el chofer de Manu Sota...»¹¹.

La actividad como *madres de la patria* enseñando euskera, organizando la beneficencia y conservando las tradiciones vascas no creaba contradicciones ni a las propias mujeres activas ni a sus familiares, pues todas ellas constituían actividades socialmente aceptadas. Sin embargo, ser oradora y dar mítines conllevaba un nivel de exposición en el espacio público que exigía la redefinición constante y sutil de la frontera artificiosa que se había establecido entre la acción patriótica y la política, hasta lograr despolitizar la acción propagandista femenina. Así, Polixene no tuvo ninguna dificultad para colaborar en Juventud Vasca en la enseñanza del euskera. Sin embargo, la decisión de hacerse oradora y la posibilidad de convertirse en un personaje público fueron determinaciones que Polixene tuvo que tomar en solitario desde la convicción de que su propósito se vería cuestionado sin remedio si llegaba a plantearlo de antemano.

Polixene se enfrentó a su primer mitin en Orduña consciente de que era una prueba que le abriría su horizonte de actuación, pero con el temor lógico a la exposición y al juicio públicos: «*Primero se celebraba una misa siempre —recuerda Polixene—. En la inauguración del Bartzoki, primero la misa en euskera y después el banquete como a la una y media y después del banquete, a continuación, el mitin en el frontón. Y yo todo el tiempo decía: “Pero a mí, ¡quién me manda meterme en este lío!”*. ¡Qué miedo pasé! De eso soy consciente, el miedo, la angustia de metedura de pata que iba a hacer. Pero el frontón lleno, lleno y la gente fuera y todo y me puse a recitar mi discursito y veía que me aplaudían, y cuanto más me aplaudían más bonito me salía, y cuanto más me salía bonito más me aplaudían (se ríe). Y después abrazos y besos y ramo de flores y chocolates... Y otra vez a Bilbao y de Bilbao

¹¹ *Ibidem*.

*otra vez el coche para llevarme a Sondika. Y el domingo a la noche todavía los futbolistas estaban en Madrid. El lunes a la mañana recibimos un telegrama en Sondika, Mandaluniz diciendo: "He leído en el periódico tu discurso y tu fotografía, te quiero mucho tal, tal y tal". Porque al día siguiente salía en primera página la oradora Polixene Trabudua (se ríe) y, claro, ya me creía oradora, y oradora de categoría. Además, me lanzaron así, mucha propaganda, mucho periódico y mucha foto y bueno, pues me tuve que hacer oradora buena»¹². El éxito con el que Polixene pasó la prueba de este mitin en Orduña le permitió consolidar su trayectoria como propagandista y transgredir los límites de su actuación como *madre de la patria*. A partir de ese momento, la actividad pública de Polixene constituyó una permanente exploración de los límites de la acción femenina en la esfera pública.*

2. La transgresión de los límites impuestos por la *madre de la patria*

La actividad de las mujeres nacionalistas se intensificó en la medida en que fue incrementándose también el grado de politización general durante la II República. Los mítines, los actos públicos y las conferencias se sucedieron y exigieron mayor implicación de las mujeres en ellos. Polixene se entregó a una intensa actividad de propaganda: «*Todos los sábados y domingos, todos, todos, todos —recuerda—. O sea que... hay una cosa que yo digo, y es casi una cosa que un día se lo voy a enseñar a Arzallus, digo, nos habéis dicho vosotros, y es verdad, que hemos sido sembradores del nacionalismo vasco; que los padres y los hijos y los nietos de los hombres que hoy en día son verdaderamente nacionalistas, todos, es debido a aquellas inosentes (sic), lerdas, tontas, ingenuas pero sinceras, que andábamos todos los domingos sin pensar en puestos, ni en cobrar dinero, ni nada más que con verdadera devoción por todos los pueblos, por todo Euskalherria predicando el nacionalismo vasco. Fuimos las sembradoras»¹³. Polixene evalúa este período de su vida como fructífero. Su visión matriarcal del proceso de nacionalización, donde las propagandistas eran portadoras de semillas, que arraigan y fertilizan la tierra gracias a la dedicación y a los cuidados*

¹² *Ibidem*. Otra propagandista. Haydée Agirre, también ha reconocido que a la hora de enfrentarse al público, «El miedo inicial fue espantoso». En AMÉZAGA, Arantzazu, *La mujer vasca*, Bilbao, Geu Argitaldaria, 1980, p. 194.

¹³ Polixene Trabudua, entrevista, I, 10-10-1998.

prestados, coincidía con la del PNV, para quien las mujeres, desde el ejercicio de sus cualidades sentimentales y amorosas eran consideradas más capaces de transmitir la emoción patriótica. Sin embargo, la realización de la labor de propaganda fuera de los límites definidos como políticos, parece haber contribuido a un escaso reconocimiento en el Partido de la entidad de las mujeres que realizaron esas tareas de propaganda.

La celebración del Aberri Eguna en Bilbao el 27 de marzo de 1932, fue el primer acto conmemorativo de la resurrección de la patria vasca y resultó una de las primeras grandes manifestaciones patrióticas de masas en la que participaron hombres y mujeres. Polixene Trabudua en su autobiografía describe esta jornada efusivamente: «Yo no recuerdo cuántos miles de patriotas se congregaron en Bilbao en aquel año del 32, sólo recuerdo que el pueblo entero era una flor gigantesca donde los colores de nuestra ikurriña flotaban por todas partes... Mendigoizales con las inolvidables camisas de cuadros, los pantalones de mil rayas y las botas alpinas desfilaron con gran entereza y dignidad por toda la Gran Vía... Y miles de “umetxus” con sus “andereños”, vestidas de alegres colores, llevando banderitas y agitándolas con garbo... Y los grupos diversos de emakumes floridas y cantando... Y los cientos de espatadantzaris bailando en el Arenal... La Ría llena de naves y estandartes desde el puente hasta Deusto, y más allá; los barcos pesqueros de Lekeitio, Bermeo, Ondárroa... recién pintados y llenos de banderas y guirnaldas y cargados de patriotas que cantaban bebían y comían...»¹⁴. Para muchos nacionalistas la participación conjunta de hombres y mujeres en el Aberri Eguna vino a representar la armonización completa de lo mejor de las cualidades humanas, la inteligencia y el corazón, a favor de la liberación nacional. Pero en la práctica, la presencia masiva de las mujeres en el Aberri Eguna constituyó la expresión más nítida de lo que era ya una dinámica imparable: la incorporación de la presencia femenina a las filas del nacionalismo.

¹⁴ TRABUDUA, Polixene, *Crónicas*, p. 66. Lola Bengoetxea —una mujer bilbaína que participó en los actos del Arenal en ese Aberri Eguna— relata el recuerdo de esta jornada en términos muy parecidos a los de Polixene: «¡Qué bonito recuerdo tengo... aquel año 32! Cuando vinieron todos los barquitos y fue el nacionalismo una de las cosas para mí, lo más grande que he visto. Llegar todos los barquitos, los bermeanos, los de todos los pueblos de Bizkaia y Bermeo al Arenal, todos pintados... Vinieron todas estas chicas, emakumes, y los chicos todos vestidos... Y todo el Arenal de una punta a la otra de barquitos, todos silbando al mismo momento. Y en el Arenal teníamos una juerga que pa qué (pausa) el año 32...». Lola Bengoetxea, entrevista I, 5-2-1997.

Sin embargo, cuanto más comprometida se volvió la implicación de las mujeres nacionalistas en las actividades públicas, más artificiosos se tornaron los empeños por mantener la estricta separación entre la acción patriótica y la acción política. Polixene llegó a tener doce juicios y a ser encarcelada en enero de 1933 como resultado del impago de una multa impuesta por la radicalidad del contenido de sus discursos: «A consecuencia de un mitin —recuerda Polixene— donde hablamos con especial celo a favor de la independencia, tanto la famosa oradora Haydée de Aguirre, como yo misma, fuimos detenidas y encerradas en la cárcel de Larrínaga durante quince largos días. Eramos muy jóvenes, teníamos apenas 19 años. Señoritas de pueblo educadas en el ambiente estricto de esos años 30 [...]. Aquella prisión, aquellas puertas enormes con sus cerrojos y llaves gigantescas y sobre todo las diferentes estancias y corredores que se iban cerrando a nuestro paso [...]. Nos sentíamos como mártires»¹⁵. En la práctica, el hecho de conquistar el status de presa política significaba invadir territorios destinados a los hombres, quienes representaban la máxima expresión del sacrificio y de la entrega incondicional masculina a la patria.

Ante el carácter transgresor de estas experiencias femeninas, Polixene observó dentro del Partido Nacionalista Vasco diferentes percepciones y sensibilidades respecto al papel de las mujeres en la actividad pública: «*Ni el Partido Nacionalista, ni las doctrinas de Sabino Arana —reconoce Polixene—, estimulaban la participación de la mujer más que de enfermeras para consolar al guerrero después de la lucha, para hacer obras de caridad [...], asistir a los pobres, reuniones para recaudar fondos, ropa vieja, comida para llevar a los barrios, a los presos a la cárcel. Eso está bien, pero en fin, un poco para eso era la mujer, no era para hacer propaganda. Ya Manu Sota, cuando escribió Libe, y escribió La Vieja que pasó llorando y Hiru Gudari, ya él mismo estimuló mucho la participación de la mujer. Tenía un sentido muy humano de la mujer, de la participación de la mujer [...]. Es una mujer fuerte, es una mujer que participa con el hombre, incluso, en la lucha si hace falta. No es una mujer pasiva que está llorando sentada en la cocina, ni está rezando el rosario, sino que es una mujer activa que sale fuera. Las propagandistas, por primera vez, salíamos con los hombres después de los mítines. Había a lo mejor problemas, había golpes, había carreras y nunca nos evadíamos de esos problemas, sino que participábamos también nosotras las mujeres. Yo creo que hubo*

¹⁵ TRABUDUA, Polixene, *Crónicas*, p. 88.

una pequeña apertura (pausa), apertura mental de lo que iba a ser el papel de la mujer en la sociedad futura. [...] Kizkitza¹⁶ y... la gente del Partido, el mismo Sabino Arana tenían un concepto de la mujer completamente distinto... en la vida, en la política, en la sociedad, en la familia, en todo. Eran muy conservadores, tremendamente conservadores»¹⁷.

En efecto, el impacto de los encarcelamientos de estas mujeres sobre la mentalidad nacionalista es posible percibirlo en los cambios de contenido simbólico que registró el personaje *Libe* en la obra de teatro homónima de Manu Sota escrita en 1934, respecto de la *Libe* original creada por Sabino Arana en 1902¹⁸. En la pieza teatral de Arana, la joven Libe, enamorada de un Conde castellano, se prepara para casarse con él, rechazando a un joven vasco que la pretende. Cuando se declara la guerra entre vascos y castellanos, el Conde corre a apoyar a su rey y se une a los enemigos de Vizcaya. Al conocer la noticia, Libe se debate entre el amor a su patria y la devoción a su amado, pero es incapaz de tomar una decisión. En el fragor de la batalla, Libe horrorizada sólo es capaz de rezar a la Virgen Inmaculada para que proteja a Vizcaya. Finalmente, ante el temor de la derrota vizcaína Libe enarbola y ondea la bandera en lo alto de una roca para alentar a los soldados vascos. Malherida, Libe es trasladada a la casa del pretendiente rechazado y allí, rodeada de la familia de éste, que la perdona, consigue borrar la pasada falta de su traición a la patria con la muerte.

El referente ideal que está detrás de la Libe de Sabino Arana es la Inmaculada Concepción. El arquetipo femenino, que alimenta esta Virgen María, pone el énfasis en la pureza femenina. Por la importancia que Sabino Arana concedió a los valores raciales para la salvación de la patria y a la mujer como preservadora de la pureza de aquéllos, *Libe* podría ser la representación de esta propuesta en clave dramática: la mejor manera de defender a la patria por parte de la mujer sería preservarse de los matrimonios mixtos y mantenerse alerta para salvaguardar la pureza racial.

Sobre la base argumental creada por Sabino Arana, Manu Sota introdujo en 1934 una serie de cambios relevantes en el personaje protagonista¹⁹. Así, cuando el Conde castellano decide sumarse a las tropas

¹⁶ Seudónimo utilizado habitualmente por Engracio Arantxadi.

¹⁷ Polixene Trabudua, entrevista I, 10-10-1998 y entrevista II, 17-1-1999.

¹⁸ ARANA, Sabino, «Libe», *Obras completas*, Tomo III, Sendoa, Donostia, 1980, pp. 2014-2037. La escena se desarrolla durante la batalla de Munguía en el año 1471. En ella los vizcaínos luchaban contra el rey Enrique IV de Castilla y León.

¹⁹ SOTA, Manu, *Libe*, Juventud Vasca, 1934.

que van a atacar Vizcaya, Libe rompe, sin dudar, su vínculo con él, poniendo por delante el amor a su patria, alzándose contra el hombre a quien ama y aprendiendo dolorosamente que no se puede amar a la patria, y a los enemigos de la misma a la vez. Voluntaria y activamente se entrega a la lucha con los vizcainos y se encomienda a la Virgen Santa del Inmenso Dolor, reencarnándola cuando recoge en sus brazos el cuerpo sin vida de un soldado vasco. En el campo de batalla el valor infundido por Libe, «como si fuere la personificación de Bizkaia»²⁰, es decisiva para la victoria de los vascos. Gracias a su intervención las mujeres son ascendidas a la categoría de gudaris: «¡Emakumes de Bizkaia, soldados sin miedo del hogar vasco! —se oye exclamar—»²¹. Poco antes de morir, Libe sentencia: «Padre, sólo mía fue la culpa [...]. Fui a buscar la muerte [...] para que aprendiese la mujer vasca a morir por Dios y por la libertad, [...], vida verdadera de sus hijos»²². Al personaje se le rinden los honores de un soldado. Libe, mártir vasca, se convierte en Santa Libe de Bizkaia.

En la versión del drama de Manu Sota, la figura que da contenido simbólico a *Libe* es la imagen de la Madre Dolorosa. El icono de la Piedad tiene un significado completamente diferente al de la Inmaculada. La ofrenda de sangre y de lágrimas derramadas por la Virgen María tiene el poder simbólico de dar la vida y sanar, en este sentido, las lágrimas que brotan de sus ojos pertenecen a un lenguaje universal de limpieza y renacimiento²³. La Madre Dolorosa consuela a los afligidos, establece vínculos estrechos con la humanidad y se implica en sus pesares. El modelo femenino que aparece asociado a esta figura divina es una mujer que participa y que gana su derecho a compartir el sufrimiento pero también la gloria de los hombres que entregan su vida por la patria.

Estas modificaciones del contenido simbólico de *Libe*, la figura femenina mítica por excelencia del nacionalismo vasco sugerían la existencia de cambios en la mentalidad nacionalista y también de una ampliación del margen de maniobra que las mujeres podían disfrutar en el contexto de la acción patriótica. Sin embargo, una vez que Polixene y

²⁰ *Ibidem*, p. 98.

²¹ *Ibidem*, p. 100.

²² *Ibidem*, p. 106.

²³ WARNER, Marina. *Tú sola entre las mujeres*, Madrid, Taurus Humanidades, 1995, p. 291. Esta autora sugiere, además, que la Madre Dolorosa recoge, en esta capacidad suya de dar la vida por medio de la sangre y las lágrimas, la tradición de las diosas de la antigüedad que fertilizaban la tierra con su ofrenda de lágrimas y sangre.

Haydée salieron de la cárcel de Larrínaga el tratamiento público que recibieron por parte de las autoridades nacionalistas no fue de gudarís, ni de presas, ni siquiera de militantes patriotas. Su actuación, una vez más, trató de someterse a la estricta *retórica de la madre* y para ello se organizó un acto multitudinario de recibimiento a las dos jóvenes que se convocó como el *Homenaje a la Madre Vasca* que se celebró el 5 de febrero de 1933 en el frontón Euskalduna de Bilbao.

Los diferentes discursos que estuvieron presentes en torno a esta celebración dejaron constancia de la batalla semántica que existía en torno al concepto *madre*. Engracio Aranzadi puso el énfasis en el carácter mediador de la maternidad, reiterando que el amor materno era la máxima expresión de la labor de transmisión de la tradición vasca que cumplían las madres y que gracias a «ese amor santo»²⁴ se aseguraría la soberanía vasca. Aranzadi, pues, reiteraba la «misión educadora de la mujer como razón de su misma existencia»²⁵.

Las oradoras, por su parte, mantuvieron un eje argumental inspirado en la *Libe* de Manu Sota, es decir, en la figura de la Madre Dolorosa como símbolo de implicación, por medio del sacrificio y del dolor, en la salvación y el renacimiento de la humanidad, y en su caso de la patria vasca. Teresa Zabala manifestó que: «Cuando la mujer se percata de una verdad y la siente con toda el alma, nada ni nadie la pueden hacer desistir de su empresa; nada ni nadie la hará acallar sus voces de protesta, no teme al sacrificio, no teme al dolor, su espíritu es indomable, no desfallece ni se abate»²⁶. Julene Urcelay, por su parte, se refirió a la existencia de ciertos cambios en los papeles femeninos al declarar que: «En este homenaje a la mujer vasca debieran estar presentes todas las generaciones, porque si nuestras tradiciones, nuestras costumbres, nuestro idioma han tenido algún defensor, éste ha sido la mujer vasca. ¡Llor a ella! Pero si antes fue la salvadora de Euskadi, hoy día lo es mucho más, porque la idea patriótica ha arraigado en nuestro corazón y está dispuesta a sacrificarse heroicamente por esta patria»²⁷. En tercer lugar Haydée Aguirre insistió en la importancia de la figura de la madre como inculcadora del ideal de sacrificio: «Tú, madre —proclamaba Haydée—, al enseñarnos a amar a nuestra patria enseñaste a sufrir por ella, porque el corazón que no sabe sufrir tampoco sabe amar, pues en

²⁴ ARANZADI, Engracio, «La madre vasca», *Euzkadi*, 5-2-1993, en adelante *E*.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ ZABALA, Teresa, «Discurso en el Homenaje a la Madre Vasca», *E*, 7-2-1933.

²⁷ URCELAY, Julene, «Discurso en el Homenaje a la Madre Vasca», *E*, 7-2-1933.

el sacrificio es donde se templan las almas»²⁸. Finalmente, Polixene Trabudua, manifestó: «La juventud de tus hijas no se acobarda por las persecuciones, las multas, las cárceles de los enemigos de Euskadi; antes bien se agiganta y se apresta a la lucha; pero una lucha de idealistas, de nobles. Sabrán abandonar sus hogares cuando sea preciso, dejar los seres más queridos de su corazón, porque ante su inteligencia se presenta nítida y clara la estrella de la verdad, de la patria vasca»²⁹. Con sus palabras Polixene conseguía cuestionar el que era uno de los pilares retóricos sobre la cuestión femenina en el nacionalismo, al identificar a las mujeres con la inteligencia, transgrediendo, de esa manera, los límites que imponía a la mujer el dominio del sentimiento.

La experiencia hecha por estas jóvenes de la cárcel y la posterior del *Homenaje a la Madre Vasca* muestran que los límites establecidos por el nacionalismo para la acción política femenina fueron cuestionados y transgredidos. Pero las circunstancias que hemos analizado también nos ponen sobre la pista de las dificultades que existieron durante los años treinta para nombrar la acción política femenina sin atender a la figura simbólica de la *madre* en el imaginario nacionalista. La idealización de la mujer vasca y las veleidosas definiciones de lo público y lo patriótico constituyeron un fardo pesado para nombrar la acción política de las mujeres, quienes sólo de manera encubierta pudieron llevarla a cabo.

La propia Polixene en un racionalización posterior sobre el efecto de su participación en el *Homenaje a la Madre Vasca* recupera, además de la intensidad del momento vivido, el significado transgresor de la norma quebrantada con su actitud: «*Fue una cosa impresionante. Gente, más gente que la que cabía en Euskalduna había fuera. O sea que tú calcula cuánto podía haber. Dicen que el doble de lo que había dentro... y era impresionante aquello*»³⁰. [...]. «*Nosotras no éramos madres* —continúa Polixene— ... *Fue una especie de camuflaje de la verdadera dimensión que tenía ese homenaje, que era homenaje a la mujer audaz, a la mujer valiente, a la mujer participativa, a la mujer que luchaba junto al hombre. En realidad, ese era el verdadero homenaje, que luego lo adornaron para darle una cosa un poco más conservadora... más acorde con las ideas de la mayoría del Partido Nacionalista Vasco, de los de Comunión y todo eso... Le pusieron el nombre de madre vasca porque en realidad no era homenaje a la madre vasca,*

²⁸ AGUIRRE, Haydée, «Discurso en el Homenaje a la Madre Vasca», *E*, 7-2-1933.

²⁹ TRABUDUA, Polixene, «Discurso en el Homenaje a la Madre Vasca», *E*, 7-2-1933.

³⁰ Polixene Trabudua, entrevista II, 17-1-1999.

era homenaje a unas chocholas de mujeres que luchábamos e íbamos por ahí gritando barbaridades»³¹.

La actividad de estas mujeres propagandistas no pasó desapercibida en el resto de España. En un reportaje sobre la creciente politización de la mujer española, realizado por Josefina Carabias para la revista *La Estampa* en 1933, la escritora comentaba: «En Bilbao todas las mujeres llevan insignias de carácter político en la solapa del abrigo o en la cinta del sombrero. Es un detalle curioso, que, sin duda, no se observa en ninguna otra capital española. No es extraño, porque Bilbao es quizá el sitio donde las mujeres se han lanzado a la lucha política de modo más decidido y belicoso»³². En el reportaje, además de reseñar otras mujeres propagandistas vizcainas como la socialista Aurora Arnaiz, la tradicionalista Urraca Pastor, o la comunista Dolores Ibárruri, se destacaba, especialmente, la trayectoria pública de las mujeres nacionalistas. Fotografías de Haydée Aguirre y de Polixene a la salida de la cárcel de Larrínaga, así como estampas de mítines nacionalistas con tribunas ocupadas por señoritas propagandistas ilustraban el reportaje. En efecto, el impacto que la presencia de aquellas activistas ocupando la plaza pública causó, fue grande: «*Tú sabes lo que era un mitin, por ejemplo en Fuenterrabía —rememora Polixene—, en un frontón lleno, lleno, lleno, que había gente de todo Iparralde... El sentir que, que, que había dos mujeres y dos hombres hablando en ese mitin. Que eso no se había visto nunca, ni en España tampoco (asiente). No se había visto»³³.*

Desde el punto de vista simbólico, la proyección de las propagandistas vascas modernizó la imagen pública de la mujer, aunque la vivencia personal de ese progreso estuviera cargada de contradicciones: «*A mí, muchas veces me llamaban en Sondika marimacho —recuerda Polixene—. Me dijo un día Mariano, un monárquico que vivía allí: “¡Esa machorra!” con un desprecio tremendo. Yo era muy femenina. Yo era tremendamente femenina. He sido una mujer eminentemente femenina (asiente). Me tildaba de macho porque era moderna, porque llevaba una vestimenta un poco atrevida. Yo era muy criticada (asiente), muy criticada y muy admirada al mismo tiempo, e imitada también. Yo creo que sí hicimos nuestra pequeña laborcita ¿eh? Yo creo que sí hicimos ¿verdad?, para modernizar un poco las mentalidades de tanta maternidad y paternidad y la mujer en casa y la mujer sacrificada y la mujer buena y la mujer, la mujer, la mujer*

³¹ *Ibidem*.

³² CARABIAS, Josefina, «¡Mujeres a votar!», *Estampa*, núm. 27, 22 de abril de 1933.

³³ Polixene Trabudua, entrevista II, 17-1-1999.

(asiente) (pausa). *Jamás a la mujer se le ocurrió que podía poner pantalones, jamás, pero sí unas faldas un poco plisadas, un poco largas, unas botas y unas camisas de cuadritos... Ser un poco viril y de vestirte un poco... con faldas plisadas y anchas y botas... No era signo de virilidad. Era signo de libertad. De sentirte libre, de poder ser igual que los hombres en muchas cosas* (asiente). *Yo creo ¿eh?*, (asiente) (pausa)»³⁴. Indudablemente, transitar por los bordes de la esfera pública, como lo hacían las propagandistas, resultó equívoco para sectores de la sociedad que establecían estrictas asimilaciones entre lo masculino y el espacio público. La conquista de la modernidad por las mujeres trajo consigo la tolerancia hacia ellas en las esferas consideradas tradicionalmente masculinas. Aún así, la salida a la plaza pública no dejó de ser una opción arriesgada. A pesar de ello, la identificación de la masculinidad con la libertad de acción hizo que cualquier pequeña asimilación a la condición masculina fuera personalmente vivida como un pequeño acto de liberación. Paulatinamente, la imagen pública de la mujer se fue modernizando y adquirió nuevos matices. Al preguntar a una mujer de Galdakano, Asunción Olaeta, quien conoció a Polixene, si la recordaba como una mujer moderna, ella contestó: «Claro que sí, desde luego, con todas las de la ley. Admirándole siempre estábamos»³⁵.

La actividad pública de las propagandistas, aunque realizada dentro de los límites retóricos de la simbología de la madre, fue percibida socialmente de un modo más complejo, dado que las protagonistas, al forzar los límites del terreno de juego que imponía el nacionalismo, conquistaron nuevas parcelas de actividad para las mujeres y contribuyeron, de esa manera, a redefinir las barreras de género vigentes. Su distinción como mujeres modernas nos da la medida del espacio recorrido y de la distancia que las separaba de la identificación estricta de la mujer y la madre.

3. La desobediencia en el ámbito privado

Aquel mismo año de 1933 Polixene se casó con José Mandaluniz. Polixene recuerda sus primeros años de casada como venturosos: «Seguía dando mis clases de “andereño” en la “ikastola” de Sondika —escribe en su autobiografía—. A las noches iba a Bilbao a encontrarme

³⁴ Polixene Trabudua, entrevista II, 17-1-1999.

³⁵ Asunción Olaeta, entrevista I, 6-5-1998.

con José en la sede de Juventud Vasca, en la calle Bidebarrieta. Tuve que dejar mis clases nocturnas de euskera, pues era demasiado cansado. Nos reuníamos a menudo todos los amigos en Sondika [...]. Siempre hablando de lo mismo; la patria, la identidad propia soberana, sin cansarnos jamás»³⁶.

Pero dentro de la placidez de estos primeros años de casada, la circunstancia de quedarse embarazada significó la vivencia en primera persona de toda una serie de convencionalismos severos a propósito de la maternidad: «Desde el primer mes de casada me di cuenta que estaba embarazada —escribe Polixene en sus memorias—. Todo fue de lo más normal y saludable, pero recuerdo algo que hoy parece exagerado y entonces natural: la vergüenza que nos hacían sentir por nuestro estado, como si éste fuera castigo de Dios por todos los pecados de la humanidad. Nos solíamos vestir con abrigo y manto, aún en verano para disimular al máximo nuestro vientre. Mi marido procuraba salir lo menos posible conmigo. Era una actitud general aceptada por todas las mujeres de la época. Yo nunca lo acepté de corazón, muchas veces protesté»³⁷.

Toda la exaltación que habitaba en la retórica de la *madre* en el ámbito público contrastaba con la pervivencia de una desvalorización del hecho materno en la esfera privada. La tradición occidental mantenía vigentes las figuras de la Eva caída y de la mujer como varón defectuoso, de Aristóteles. Por medio del relato bíblico, la mujer, y más concretamente la sexualidad femenina, se había convertido en el símbolo de la debilidad humana y en el origen del mal. Desde la perspectiva aristotélica, por su parte, se había negado a la mujer el alma y se la había definido como un ser débil y pasional. Ambas visiones conformaron un sustrato ideológico que a lo largo de los siglos logró adaptarse a diferentes cosmovisiones del mundo sin perder, particularmente, su marcado carácter misógino.

Durante la época moderna, la Iglesia, aunque enfatizó la función reproductora de la mujer, acentuó la negación de todo el proceso biológico que constituye la maternidad, en concreto, la gestación y el parto³⁸.

³⁶ TRABUDUA, Polixene, *Crónicas*, p. 75.

³⁷ *Ibidem*, p. 91.

³⁸ Como plantea Alba Ibero, durante el barroco, la desaparición de la imagen de la Virgo Lactans o la escasez de representaciones de escenas de partos religiosos y su sustitución por el icono de la Virgen con el Niño o de la Sagrada Familia, constituyeron elementos de cambio significativos hacia la redefinición de un nuevo ideal de maternidad que ocultaba el hecho físico de la reproducción. En ALBA, Ibero, «Imágenes de maternidad en la pintura barroca» en V.V.A.A., *Las mujeres en el Antiguo Régimen, Imagen y realidad*, Icaria, Barcelona, 1994, p. 103.

La elevación a dogma de fe de la figura de la Inmaculada Concepción en 1854, llevada a cabo por el Papa Pío IX, constituyó el final de un largo proceso en el que la tendencia a alejar la figura pura de María de la de Eva pecadora había sido dominante. El dogma de la Inmaculada se utilizó, por un lado, para enfatizar la pasividad femenina en el proceso de reproducción biológica y fomentar la castidad sexual de las mujeres y, por otro, sirvió para reforzar las visiones misóginas respecto al carácter pecaminoso y peligroso de la sexualidad femenina. Así, a finales del siglo XIX se produjo un hecho contradictorio: se proponía a las mujeres ser madres de forma cada vez más exclusiva, pero se encubría, e incluso se menospreciaba, el proceso de reproducción que las convertía en madres. María Inmaculada representaba una imagen de mujer asexual, ajena a las molestias del embarazo, del parto y de la lactancia. De esta manera, la vivencia de todos los procesos biológicos que conducían a la maternidad provocaban la asimilación de las mujeres corrientes a Eva y al pecado. Polixene recuerda como especialmente injustos aquellos episodios de relegación doméstica a los que eran condenadas las mujeres embarazadas. Este confinamiento sería un producto tanto de las visiones misóginas tradicionales como de la evolución del pensamiento religioso y la glorificación de la Inmaculada Concepción: «*Mi marido me decía a mí ¿eh?, casada, con una barriga así (grande): "Pero ¿qué pecao habréis cometido vosotras para que Dios os dé ese castigo?"*. Y no salía nunca conmigo cuando estaba embarazada. Le daba vergüenza. Eran super machistas... Todos eran así»³⁹.

Sin embargo, Polixene se rebeló contra esta circunstancia: «*Viene un día mi cuñado, Valentín Mandaluniz, a buscarle a mi marido, que querían ir a ver una película que estaba muy de moda. Digo: "Llevarme a mí". "¿Cómo te vamos a llevar allí con esa barriga! Tú quédate en casa". Y el cuñado, que era más..., como estaba soltero...: "Deja venir a Polixene". "No, no, que se quede en casa". Y fueron los dos a Bilbao. Y mi amatxu, mi amatxu me dice: "Mira, ¿sabes lo que yo le haría, Polisetxu?, ponerte maja, maja, con el abrigo ese grande —que tenía un abrigo grande que me tapaba— e ir tú también al cine. A la salida te van a ver y se van a quedar asustados". Hice eso (pausa). Era en la Gran Vía, y yo voy al cine sola, sola, sola, que era rarísimo... Me puse en mi puesto (gallinero), y les veo a los hombres allá abajo, y en una de esas, en el intermedio que había entonces, les hago así (saludar*

³⁹ Polixene Trabudua, entrevista I. 10-10-1998.

con la mano). *Se quedaron espantados, los dos*⁴⁰. Los elementos subversivos del relato se reparten en igual medida entre la afirmación de desobediencia al marido, y el desafío a las normas que cuestionaban, todavía en los años treinta, el acceso femenino en solitario al ámbito público. Cogér el tren sola, subir por la Gran Vía sola y sentarse en el cine sola, eran hechos insólitos que no se esperaban de una mujer, mucho menos embarazada. Además, destaca la reacción de la madre de Polixene. El consejo decisivo que le dio para que se atreviera a ir a la ciudad en solitario y para que rompiera el lazo de sumisión hacia su marido, sugiere que la disconformidad con las actitudes misóginas masculinas, por parte de las mujeres, no nacieron con la generación de Polixene.

La actitud desdeñosa masculina respecto al hecho maternal contrastaba significativamente con el valor que las mujeres reconocían en la maternidad y en los atributos asociados a ella. «Recuerdo una cosa simpática —cuenta Polixene en sus memorias—. Todas las mañanas, a las once, venía mi amaxu hasta la ikastola trayéndome a Eguzki. [...] ¡Qué orgullosa venía ella por toda la carretera exhibiendo a su nieta vestida con puntillas encañonadas! Y yo aprovechaba el recreo, cuando los niños bajaban al terreno del frontón, y sentada en el mismo pupitre mío, tranquilamente daba de mamar a mi hija, sin ocultaciones, ni trapitos tapando mi pecho. Era algo atrevido, pues aunque estábamos en una época de «destape», no era frecuente. Los alumnos se acostumbraron y venían, a veces, con toda naturalidad a verme. Un día al llegar a la mañana a la ikastola, veo en una pared de la escalera unas letras enormes que decían “He visto las tetas de Polixene, las he tocado”. Mandé borrarlo. Luego, en clase les hablé no sé qué sobre la pureza de la maternidad, y seguí dando de mamar a mi hija de forma natural. Fue un período muy feliz»⁴¹. La implicación femenina en la valorización social de la maternidad parece haber sido grande. La literatura médica y científica, que durante los años treinta llevó a cabo un proceso de glorificación de la maternidad, encontró en muchas mujeres terreno abonado para su desarrollo. Pensamos que esta rápida implantación en la cultura femenina de los nuevos planteamientos de base científica, hasta un cierto punto mistificadores de la maternidad, no sería ajena al oscurantismo con el que las mujeres se vieron obligadas a vivir toda su experiencia como madres, aún durante el primer tercio del siglo veinte.

⁴⁰ *Ibidem.*

⁴¹ Polixene TRABUDUA, *Crónicas*, p. 76.

El fortalecimiento de esta tendencia a la revalorización de todo lo relacionado con los cuidados maternos, por otra parte, ha resultado imparable a lo largo de todo el siglo veinte. La naturalización del sentimiento maternal, del llamado instinto maternal, y la hipervaloración de la propia vivencia de la maternidad constituirían dos tendencias que se irían fortaleciendo a lo largo del siglo veinte. Polixene ha venido a representar también un fiel reflejo de este proceso: «*La maternidad es importantísimo, importantísimo* — afirma Polixene—. *La maternidad es lo más bello que hay [...]. Cuando tú estás dando el pecho a un hijo..., el placer ese. No hay ni coito, ni orgasmo, ni nada que sea comparable al placer de una madre, dando solamente el pecho, y nutriéndolo solamente con tu pecho. No hay nada comparable*»⁴².

La conducta peyorativa de los hombres hacia la maternidad formaba parte de una actitud masculina más general de prepotencia dentro del matrimonio, a partir de la cual los maridos trataban de mantener la misma libertad de movimientos que habían gozado mientras habían estado solteros: «*Un machismo total, de la mujer en casa y... "me da vergüenza salir contigo porque estás embarazada"* — insiste Polixene—. «... «*Un día de San Roque me dice mi marido: "yo voy a San Roque ¿eh?, con mis amigos". Iban mucho, salían mucho en grupo de amigos, con eso de los mendigoizales, que eran reuniones patrióticas, pues era la disculpa ¿verdad? para hacer juergas. Ni pensar de invitarme a mí, y me dice mi amaxu: "Mira Polixetxu, ponte maja, maja". Había nacido Joseba. Yo estaba dándole de mamar al crío. Me vacié bien los senos para dejar un tetero para el niño. Me preparé maja, maja, por invitación de mi amaxu, cogí el tren en Sondika, me bajé en Matiko, cogí el funicular y fui a Artxanda. Me acuerdo que bajé del funicular y ¡claro!, yo era una mujer muy bonita entonces, tenía veintidos años nada más y todo el mundo me echaba flores, porque iba sola además, con una ramita en la mano. Y en el camino todo inconvenientes, porque me atacaban los hombres, se me ponían a hablar. Recorrí todo, todo, todo..., toda la romería de San Roque y no le conseguí a mi marido. Volví a casa, sola, sola*»⁴³. Polixene, una vez más, mostró su rebeldía contra el encerramiento que se le pretendía imponer. Pero una vez más también, la calle y el mundo exterior volvieron a mostrar su hostilidad hacia una mujer transitando en solitario.

Las mujeres parecen haber desarrollado de forma más temprana que los hombres nuevos ideales a propósito de la intimidad, del hogar y

⁴² Polixene Trabudua, entrevista I, 10-10-1998.

⁴³ *Ibidem*.

de las relaciones familiares dentro de él. El deseo de compartir el espacio privado con el marido y de sobrellevar en compañía la crianza y el tiempo de ocio con los hijos e hijas constituyó una aspiración razonable para muchas mujeres de los años treinta, que no consideraban legítima la actitud de parrandeo de sus esposos: «*Otra vez, fíjate, —recuerda Polixene— eran las romerías de Lujua y mi marido desde la mañana también de juerga y yo en casa con los niños. Y ya mi madre había muerto. Y entonces me puse elegante. Me acuerdo que me puse, todavía estoy recordando bien, un vestido que me hice para la boda, de terciopelo, con un cuello de encaje de Bruselas y unas violetas artificiales aquí, (en el pecho), elegantísima. Fíjate tú ¡qué ridículo para ir a una romería! ¿no? (se ríe), ridiculísima. El cochecito bien puesto con los faldoncitos de puntillas. Con los dos niños. Y por toda la carretera hasta Asua y de Asua hasta Lujua con el cochecito y cuando llego a la romería le encuentro a Joseba bailando un pasodoble con una chica (pausa). “¿Qué idea has tenido!, ¡Cómo se te ha ocurrido venir”, y siguió bailando (se ríe). Y yo cogí el cochecito y me vine llorando, llorando en el camino, otra vez a casa. Asua y de Asua a Sondika otra vez. Son experiencias importantes que te das cuenta... Y eso era normal. A mi no me parecía, me daba rabia a mí, pero era lo corriente: la mujer en casa y el marido con sus amigos. Tampoco hacían grandes cosas pero bueno, su libertad*»⁴⁴. Polixene con su rebeldía trató de encarar la desigualdad de destinos que las obligaciones familiares imponían a hombres y a mujeres. Su desacuerdo con respecto a la tradicional actitud masculina de dejar a la familia en casa y de salir a divertirse en ámbitos donde sus esposas y sus hijos e hijas no tenían lugar, nos pone sobre la pista de que se estaba produciendo un cambio de valoración y de actitud femenina hacia los elementos que estructuraban la identidad masculina. La responsabilidad paternal, la ternura y el cuidado hacia los hijos se imponían como nuevas cualidades masculinas en la mentalidad de las mujeres.

A modo de conclusión, queremos señalar que la figura de Polixene Trabudua ha permitido que nos acerquemos a la realidad femenina de los años treinta. Su actitud rebelde y desobediente respecto a los estrechos márgenes de movimiento en los que se desenvolvían las mujeres de aquellos años, ha puesto de manifiesto la existencia de toda una serie de constricciones muy severas respecto al uso de la libertad femenina, tanto en el espacio público como en el privado.

⁴⁴ *Ibidem*.

La experiencia de Polixene como propagandista del nacionalismo revela la vigencia durante los años treinta de toda una serie de convencionalismos, que creaban una situación de falta de reconocimiento en términos políticos de la labor de estas jóvenes. En este sentido, la celebración del *Homenaje a la Madre Vasca*, realizado a propósito de la encarcelación de Polixene Trabudua y de Haydée Aguirre, evidencia que el uso de *la retórica de la madre* por el nacionalismo resultó un recurso útil para enmascarar el sentido transgresor de la actividad pública de las jóvenes propagandistas.

Así mismo, la resistencia ejercida por Polixene hacia la imposición de unas condiciones de ejercicio de la maternidad y de convivencia conyugal, que todavía en los años treinta dictaban la obediencia incondicional de la mujer al marido, muestra la distancia entre los ideales femeninos y los masculinos respecto al ámbito privado. Polixene se rebeló contra la misoginia masculina y contra la pervivencia social, aún en los años treinta, de una actitud de menosprecio de la maternidad, que contrastaba con la hipervaloración de la misma por parte de las mujeres. El gozo de la maternidad, así como el deseo de compartir tanto ésa como el resto de las facetas de la esfera privada con los maridos, constituyeron durante los años treinta un ideal femenino, que a lo largo del siglo veinte ha ido ganando en aceptación social.

A la luz de los recuerdos de Polixene, los años treinta aparecen como una época compleja, desde el punto de vista de la conciliación de los distintos ideales de género femeninos. Por un lado, el proceso de modernización de las prácticas femeninas en el espacio público tendió a ser absorbido, desde el punto de vista simbólico, por la figura polivalente de la *madre*. Por otro lado, en el ámbito privado, la experiencia de las mujeres se vio sometida a unos dictados de género que infravaloraban la maternidad y el proceso de gestación y de crianza relacionados con ella. Sin embargo, las mujeres tuvieron que saber sobrellevar esas dos disposiciones tan dispares: la de la exaltación retórica de la maternidad, y la del sometimiento a unos dictados de género desvalorizados de su condición de madres, que no conectaban ni con la sensibilidad femenina hacia la vivencia de la maternidad, ni con la importancia que las mujeres concedían a ser madre. En la práctica de la vida cotidiana de los años treinta, la disparidad de valoración de la maternidad de los hombres y de las mujeres destacó por encima de cualquier otra consideración. La rebeldía de Polixene frente a ambas imposiciones sugiere la existencia de una conciencia por su parte, tanto de la verdadera relevancia pública de sus prácticas políticas, como de la opresión de géne-

ro que el tratamiento desvalorizador de la maternidad significaba para las mujeres.

Una vez más, los testimonios orales nos han permitido observar el nivel de resistencia individual hacia los condicionantes sociales que limitan la libertad de las personas. Concretamente, los recuerdos de Polixene nos han posibilitado el análisis de las fronteras que delimitan el espacio público del privado y de la incesante remodelación de las mismas.